

## LA FIESTA DE SANTO DOMINGO DE GUZMAN

La fiesta de Santo Domingo de Guzmán es sin duda alguna, el evento popular de mayor importancia en Nicaragua. Año tras año durante décadas, estos días de celebración callejera han sido el centro de un universo fascinante, una amalgama de infinitos e indescifrables sentimientos expresados en igualmente desconcertantes formas, un bullir de pasión, devoción, desenfreno y locura, que con la expresión bacanalera mas genuina hace erupción con desmedido ímpetu para adorar una imagen que con su diminuta estampa nos recuerda acaso nuestra propia pequeñez.

El 26 de Julio se inician las actividades cuando un nutrido grupo de fieles realizan la “Roza del camino” y el mayordomo entrega la Tajona al Alcalde de Managua, posteriormente se lleva a cabo la primer corrida de Toros. En la víspera del primero de Agosto, comienza la fiesta propiamente dicha. En el Gancho de Camino se lleva a cabo la “Vela del Barco”. Miles de Managuas se concentran en este tradicional sitio capitalino que es uno de los puntos de acceso al mercado Oriental, y en el cual durante la existencia cotidiana se desarrollan todo tipo de actividades comerciales, legales e ilícitas, por parte de buhoneros, prestamistas, cambistas y todo tipo de comerciantes. A partir de las seis de la tarde, cuando el trajín del Oriental decrece, el Gancho de Camino se convierte en una plaza festiva en la que entre el pulular de vendedores ambulantes quienes a grito partido anuncian el agua helada, la gaseosa, el vigorón o el chanco con yuca, los capitalinos disfrutan de actos culturales presentados en tarimas apuradamente construidas esa misma tarde. Mientras que en El Barco indios y diablos de todas la edades danzan al son de marimbas y chicheros.

La Shell del Gancho de Camino se convierte en improvisada terminal de transporte, y en sus predios se parquean sin el menor orden camiones y buses cuyos vociferantes ayudantes anuncian la inminente salida hacia Las Sierras. El trasiego de pasajeros se mantiene incesante hasta mas o menos la media noche, hora en que la actividad en el Gancho de Camino ha menguado considerablemente y se pueden observar en muchos celebrantes los efectos de los tragos que dizque en nombre del Santo han atravesado sus gargantas.

A esa hora, Las Sierras se han convertido en un loco hormiguero. Un desenfrenado enjambre que gira incesantemente alrededor de la Iglesia, la cual despojada provisionalmente de sus bancos, acoje a todo un mosaico de creyentes. Dentro de la Iglesia se baila, se ora, se venden estampillas, rosarios, escapularios, milagros y oraciones mientras en el altar mayor, se encuentra ya en su piaña llena de flores el Santito de los Managuas. El ambiente dentro de la Iglesia es único, la música de marimbas suena sin cesar mientras una masa amorfa y sudorosa se mueve en su interior en un ámbito penumbroso lleno de incienso y otros olores que se difuminan y renacen al vaivén de los cófrades.

En los predios adyacentes a la Iglesia, se erigen decenas de chinamos en los cuales se vende comida y guaro. Platos de todo tipo son ofertados en estos improvisados locales contruidos con toda clase de materiales, desde ripios de madera, hasta plástico negro, hojalata y cartón, con piso de tierra y cubiertos con una o dos hojas de zinc sostenidas con unos cuantos clavos y algunas enormes piedras.

Contribuyen al jolgorio los infaltables juegos mecánicos, caballitos, chinos, rueda chicagua, ruletas y toro rabón así como locales mas grandes que fungen como discotecas en las que se baila toda la noche mientras que en sus alrededores montosos, parejas borrachas fornican sin pudor.

La plaza de toros, ubicada a la par de los chinamos, no se queda atras, y con corridas a las doce de la noche y a las tres de la madrugada aporta su porción de diversión a las festividades de la Vela del Santo o Alborada; en la plaza cuadrada, los astados son jugados por completamente borrachos toreros y montadores los cuales con la mirada turbia por el alcohol ingerido se juegan el pellejo ante la delirante y no menos ebria presencia del público amante de la fiesta taurina.

Todo este bacanal continúa hasta eso de las cinco de la mañana, cuando con el despuntar del alba la multitud se dirige hacia la Iglesia ante la inminente salida del Santo. Mas o menos entre cinco y media y seis el Santo es cargado en hombros por los cargadores tradicionales, fornidos fieles cuyo morro es testigo del peso del Santito. El momento en el que Santo Domingo sale de la Iglesia, protegido por un cordón de seguridad compuesto por promesantes, es grandioso. Un fuerte y masivo aplauso seguido por vítores y alaridos de los amanecidos fieles marca el inicio de la marcha triunfante hacia Managua. El Santo baila, avanza, retrocede, y con el, la multitud igualmente baila y se une en un abrazo enorme, una comunión popular ante el Santo Patrono. Bailan las vaquitas, los indios, los diablos, las viejas, los hombres y mujeres, los niños, los pandilleros, los borrachos, las putas y los chivos, los ladrones, los decentes, los alegres, los sufridos, el rico, el pobre, el cura y el sacristán, los cochones, los rencos, los ciegos y los mudos, baila el pueblo, baila un solo espíritu popular creyente y pagano.

Así marcha el Santo hacia Managua, rodeado de un mar de creyentes y no creyentes, de solemnes e insolentes. Baja por el camino viejo, baila en la Mora, en la Morita, es recibido en la Centroamérica por otra multitud que lo espera a ambos lados del camino y continúa su rumbo adentrándose en la capital, hasta que a eso de las cuatro de la tarde llega al Gancho de Camino en donde aborda el barco que lo llevará hasta la Iglesia de Santo Domingo de Guzmán en el centro de la derruida Managua. Allí permanecerá por diez dias para luego regresar a su santuario en Las Sierritas.

En una ocasión tuve el privilegio de cargar a Santo Domingo un primero de Agosto. Si mal no recuerdo éramos cerca de 20 cargadores y la primera vez que me coloqué debajo de la piaña y la fina madera se incrustó en la piel de mi nuca y espalda, pude sentir el tremendo e increíble peso del Santito. En un momento de descanso me acerqué a uno de los viejos cargadores tradicionales y le comenté: “pesa este Santito”, “Son tus pecados” me contestó.

Carlos R Monjarrez

Miami, FL

Agosto 2000